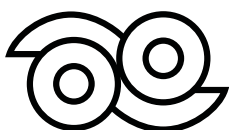


## Moisés y la religión monoteísta





# Moisés y la religion monoteísta

Sigmund Freud

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

*Prólogo de Jean-Michel Hirt*

Amorrortu editores  
Buenos Aires - Madrid

El título original en alemán de la presente obra de Sigmund Freud, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 29.

© Copyright de las obras de Sigmund Freud, Sigmund Freud Copyrights Ltd.

© Copyright del ordenamiento, comentarios y notas de la edición inglesa, James Strachey, 1964

© Copyright de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa, Presses Universitaires de France, 2011

© Copyright de la edición castellana, Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7° piso - C1057AAS Buenos Aires, 1976, 2012

Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3° izq. - 28006 Madrid

[www.amorrortueditores.com](http://www.amorrortueditores.com)

Traducción directa del alemán de las obras de Sigmund Freud: José Luis Etcheverry

Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson

Traducción de los prólogos, notas y agregados de la edición francesa: Horacio Pons

Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto

Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 978-950-518-859-8

ISBN 978-2-13-059004-0, París (edición francesa)

Freud, Sigmund

Moisés y la religión monoteísta. - 1ª ed. - Buenos Aires : Amorrortu, 2015.  
224 p. ; 21x12 cm.

Traducción de: José Luis Etcheverry

ISBN 978-950-518-859-8

1. Psicoanálisis. I. Etcheverry, José Luis, trad. II. Título.  
CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en septiembre de 2015.

Tirada de esta edición: 3.000 ejemplares.

# Índice general

- 9 Características de esta edición
- 11 Lista de abreviaturas
- 13 Prólogo. El testamento egipcio, *Jean-Michel Hirt*
- 27 Moisés y la religión monoteísta  
(1939 [1934-38])
- 29 Nota introductoria, *James Strachey*
- 33 *Moisés y la religión monoteísta*
- 33 I. Moisés, un egipcio
- 45 II. Si Moisés era egipcio. . .
- 93 III. Moisés, su pueblo y la religión monoteísta
- 93 Parte I
  - Advertencia preliminar I, 93
  - Advertencia preliminar II, 96
  - A) La premisa histórica {*historisch*}, 98
  - B) Período de latencia y tradición, 106
  - C) La analogía, 113
  - D) Aplicación, 123
  - E) Dificultades, 137
- 151 Parte II
  - Resumen y recapitulación, 151
  - A) El pueblo de Israel, 153
  - B) El gran hombre, 155

ÍNDICE GENERAL

- C) El progreso en la espiritualidad, 160
  - D) Renuncia de lo pulsional, 165
  - E) La sustancia de verdad de la religión, 173
  - F) El retorno de lo reprimido, 176
  - G) La verdad histórico-vivencial, 179
  - H) El desarrollo en el acontecer histórico-objetivo {*geschichtliche*}, 184
- 
- 191 Apéndice. *Moisés*, una novela histórica
  
  - 195 Bibliografía e índice de autores
  - 203 Índice alfabético

## Características de esta edición

La selección de escritos de Sigmund Freud de la que forma parte este libro se basa, esencialmente, en la edición de sus *Obras completas* publicada por nuestro sello editorial, entre 1978 y 1985, en 24 tomos, cuyos textos reproduce exactamente. Esta nueva versión —que en cada volumen presenta uno de los trabajos de mayor relevancia del autor austríaco, o bien reúne escritos más breves referidos a la misma temática— se ve enriquecida por el significativo aporte de un equipo de especialistas que tuvo a su cargo la publicación de las obras completas de Sigmund Freud en lengua francesa, bajo la dirección de André Bourguignon, Pierre Cotet y Jean Laplanche. Cada libro comienza con un pormenorizado prólogo de uno de aquellos, en el cual se exponen análisis, reflexiones y comentarios sobre la obra o temática tratada y se entrecruzan referencias a otros trabajos de Freud; y en los propios textos de este se introducen notas a pie de página con apuntes lexicográficos, históricos, literarios, etc. En algunos volúmenes se incorporan, asimismo, breves textos inéditos.

Esta edición incluye: 1) Los escritos de Sigmund Freud, traducidos directamente del alemán por José Luis Etcheverry<sup>1</sup> y cotejados con *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*,<sup>2</sup> edición a cargo de James B. Stra-

<sup>1</sup> La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34), a la que siguieron las *Gesammelte Werke* (Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52). Para la presente traducción se tomó como base la 4ª reimpresión de estas últimas, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75).

<sup>2</sup> Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74.

chey. 2) Comentarios de este último previos a cada escrito. 3) Notas a pie de página de Strachey (entre corchetes, para diferenciarlas de las de Freud), en las que se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 4) Notas a pie de página entre llaves (identificadas con un asterisco en el cuerpo principal), que se refieren, las más de las veces, a problemas propios de la traducción al castellano. 5) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey consideró indispensables para su correcta comprensión. 6) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular o, tratándose de verbos, en infinitivo). 7) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 8) Índice alfabético de autores y temas, al que se le suman, en ciertos casos, algunos índices especiales (p. ej., «Índice de sueños», «Índice de operaciones fallidas», etc.).

Las notas a pie de página de los traductores franceses aparecen separadas de las correspondientes a Freud y Strachey y a la traducción castellana, y con numeración independiente (el número respectivo se consigna entre paréntesis tanto dentro del texto como en la nota propiamente dicha).

Antes de cada trabajo de Freud, se mencionan sus sucesivas ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> A este fin, entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.



## Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 195.)

- AE* Freud, *Obras completas* (24 vols.). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978-85.
- BN* Freud, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.\*
- GS* Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
- GW* Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
- OCP* Freud, *Œuvres complètes Psychanalyse* (21 vols.). París: Presses Universitaires de France, 1988-.
- RP* *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943-.
- SA* Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.
- SE* Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.

\* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

LISTA DE ABREVIATURAS

SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

*Almanach 1938* *Almanach der Psychoanalyse 1938*. Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1937.

# Prólogo. El testamento egipcio

Jean-Michel Hirt

«No alcanzaría toda el agua del mar para lavar una mancha de sangre intelectual».

Isidore Ducasse {Lautréamont}, *Poésies I*

Es esta una de las últimas obras escritas por Freud, que seguirá sin caerle en gracia a nadie: ni a los psicoanalistas, afligidos por verlo *una vez más* reflexionar sobre la religión, ni a la mayor parte de los especialistas bíblicos judíos o cristianos, furiosos por sus incursiones extravagantes en su texto sagrado, y tampoco a los teólogos musulmanes, deseosos de venerar la imagen intangible del profeta Moisés, tan honrado por el Corán. ¿Hace falta aclarar que desde entonces nada ha cambiado verdaderamente, y que todo el mundo desea echar el manto de Noé sobre tan desconcertante obra perpetrada —¡ay!— por el genial inventor del psicoanálisis? ¿Qué iba a hacer en este berenjenal religioso aquel a quien un reconocimiento internacional habría debido transformar en un viejo sabio respetable y juicioso? ¿Qué significa este libro, que él mismo calificará de *Bildungsroman*, «novela histórica»? ¿El hombre Moisés será sólo la máscara de su autor, el hombre Freud, que se anticipa a su desaparición impulsada por los hijos de la horda analítica? Y si por ventura hiciéramos nuestra la hipótesis central de Freud, el asesinato de Moisés el egipcio por los hebreos, ¿a quién beneficiaría ese crimen? En el marco de este prólogo, nuestra tarea sólo puede consistir en volver sensible al lector a la profusión de interrogaciones que ese texto tan perturbador y analítico hace surgir con cada lectura, a imagen de una poderosa sinfonía del espíritu cuyos amplios movimientos no dejan intacto a nadie.

En 1939, con la publicación de los tres ensayos que componen *Moisés y la religión monoteísta*, así como en 1920 con la introducción de la inadmisibile pulsión de muerte, Freud revisa su concepción anterior del psicoanálisis y obliga a releerlo todo a partir del final: tan abundante en repercusiones clínicas es esta obra maestra de metapsicología. Ya en su introducción de 1934, inédita durante mucho tiempo (ver *infra*, págs. 191-3), Freud reconocía: «Me he formado en la observación escrupulosa de cierto dominio de fenómenos; en mi caso, a la ficción y la invención se asocia con facilidad el vicio del error». Curiosa declaración, tan evocadora de las necesarias relaciones de alteración que la ficción mantiene con el psicoanálisis desde sus orígenes. Muy reveladora, también, de una división del sujeto Freud entre la realidad fáctica de los fenómenos y su inscripción en la realidad psíquica expresada por la ficción.

En 1895, en los *Estudios sobre la histeria*, Freud se asombraba de la semejanza entre la redacción de sus casos clínicos y los relatos que habría podido escribir un escritor; temía probablemente que lo perjudicase la irrupción de lo ficcional en el campo teórico que acababa de descubrir. No obstante ello, en el curso de su elaboración teórica, y decidido a tomar en serio la ficción literaria, la sacaría del gueto del entretenimiento en el que quería encerrarla la solemnidad del pensamiento científico. La ficción aparece como la única capaz de acoger, gracias a las formas culturales que suscita, las mociones pulsionales originadas en la realidad psíquica. Por su lado, Freud no vacila en poner en circulación «ficciones teóricas», como la del aparato psíquico, sin las cuales ni los objetos ni las operaciones del análisis podrían escribirse. Ahora bien: Freud va a entregarse aquí a una interpretación de la persona de Moisés que no es producto de la observación ni del error, sino de la materialidad psíquica de su realidad histórica; a partir de ella llegará al conocimiento de la única verdad que le importa: la que conduce al «progreso en la espiritualidad», y no al influjo de la religión.

Por una parte, Freud va a desarrollar la posición que le es propia, con referencia a la religión, en la 35ª conferencia, «Entorno de una cosmovisión», de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Es cierto: bien puede «tener {se} por nulo el contenido de verdad de la religión» si ese contenido pretende referirse al acuerdo con el mundo exterior y sus leyes; pero la religión no puede ser ignorada en lo que respecta al hombre y su realidad psíquica: «Esta {la religión} es un intento de dominar el mundo sensorial en que estamos inmersos por medio del mundo del deseo que hemos desarrollado en nuestro interior a consecuencia de ciertos procesos biológicos y psicológicos necesarios». El hecho de que ese intento fracase no cambia nada: es el único que tiene la capacidad de confrontarse con lo imposible y dar sentido *al ruido y la furia* que reinan en cada cual. A tal punto que Freud, en *El porvenir de una ilusión*, se preocupa por lo que en la concepción científica del mundo va a permitir el «domeñamiento» de las pulsiones, tarea de la que hasta no hace mucho estaba encargada la religión, en virtud de su imperio sobre el temible par de la religiosidad y lo pulsional dentro del psiquismo. Formación reactiva universal, la religiosidad intrapsíquica es el fruto de los límites impuestos por la psique y la cultura a las pulsiones, el retoño del infortunado destino de estas últimas y la matriz de las ilusiones que se vengan de la realidad finita mediante la promoción de un objeto de creencia para la infinitud del deseo. Si la religiosidad ya no se pone al servicio de la religión cultural, sino de las pasiones pulsionales, es lícito entonces matar al prójimo *para mayor gloria de Dios*, como lo ponen de manifiesto de manera siniestra las perpetuas guerras de religión entre los hombres: las únicas verdaderas guerras, en opinión de Nietzsche.

Freud quiere, pues, volver una última vez a «la sustancia de verdad de la religión», según el título de uno de los capítulos de *Moisés y la religión monoteísta*, porque todo progreso en la espiritualidad implica el «ideal de una perfección ética». No obstante, si para él la ética significa «limitación de lo pul-

sional», su significación psíquica es muy diferente según se apoye en la represión y «la conciencia de culpa por la sofocada hostilidad hacia Dios», o provenga de la renuncia a la «exigencia de creer» en él, reemplazada de ahora en más por la *exigencia de lo real*.

Por otra parte, Freud no deja de retrabajar la cuestión de la alteridad. El otro que no es uno en uno mismo, el *Nebenmensch* del «Proyecto de psicología» (1895), sería la figura del desconocido venido del pasado, el extraño indisociable de la estructura del prójimo. Este último estaría escindido entre un semejante y un otro impenetrable, ese otro en sí que cada uno experimenta desde la infancia. Si de mi prójimo como conocido y semejante no tengo más que esperar un bien y obtener un placer, en cuanto ese es su interés y el mío, de mi prójimo como extraño y desemejante, en cambio, no puedo sino temer la crueldad que me inflija y el goce que, al hacerme mal, puede conseguir a mis expensas. La distinción entre el conocido y el extraño, que Freud desarrolla en el capítulo V de *El malestar en la cultura*, adquiere todo su alcance en cuanto permite advertir, en un mismo momento, las corrientes tierna, sensual y cruel que actúan en cada quien. «En consecuencia», recuerda Freud, *con Sade*, «el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo». Lo que el otro fuera de mí puede perpetrar contra mí, ¡cuánto puede también hacerlo el otro dentro de mí! La presencia en uno mismo del enemigo íntimo merodea en la reflexión freudiana y escande los textos en los cuales aborda el narcisismo, lo ominoso, la identificación o el masoquismo. En cada oportunidad, Freud convoca a la imaginación metapsicológica para ponerla a trabajar sobre ficciones: mito de Narciso, Eros contra Tánatos, novela breve de Jensen y cuento de Hoffmann, y para terminar, las Escrituras religiosas.

Esas ficciones vehiculan en sus respectivos libros las representaciones de lo humano y su contrario, y reflejan la dialéctica de lo mismo y lo otro en lucha en cada cual. Si las revelaciones religiosas que son el fundamento de los tres monoteísmos expresan la alteridad fundamental del ser humano, debe entenderse las como los testimonios milenarios del *factor inhumano* que siempre se inmiscuye en la relación que el hombre mantiene consigo mismo.

El último golpe de suerte de Freud lo lleva a reencontrar a ese áter ego al que conoce desde hace mucho: Moisés, el fundador del monoteísmo judío, tal como esta vez lo ve en la Biblia, y ya no en la escultura de Miguel Ángel. En el corazón de Roma, por la que ahora siente una fascinación más grande que la repulsión que le inspiró por largo tiempo, en la oscuridad de la Iglesia de San Pietro in Vincoli, todos los días, «durante tres semanas de soledad, en septiembre de 1913» —le escribe a Edoardo Weiss—, ha acudido a contemplar esa estatua y someterse a su silencio. Lo que lo atrae no es la *Piedad* del mismo Miguel Ángel en la Basílica de San Pedro, ese cuerpo muerto del dios en brazos de su madre: es el profeta irascible de la Torá, que logra contener sus pasiones violentas y *no romper* las Tablas de la Ley —una interpretación *infiel* del texto del Éxodo por el escultor—. No hay duda de que Freud no se recupera de esa conmoción visual, que sigue resonando en su propio gesto de infiel cuando erige su estatua a Moisés en el ocaso de su vida, «una estatua de pavorosa grandeza sobre un pedestal de barro», como le escribe a Arnold Zweig el 16 de diciembre de 1934. Sobre la base de la conversación secreta que en su fuero íntimo ha mantenido con ese prototipo del «gran hombre» a lo largo de toda su existencia, Freud modela este Moisés de carne y sangre que, por la fuerza de su verbo, «desplieg{a} tan extraordinaria eficacia, que (. . .) form{a} un pueblo, le imprim{e} su carácter definitivo y determin{a} su destino por milenios». Empero, lejos de dejar que la «figura del gran hombre» se amplíe hasta ser, como para los creyentes, una «figura divina», Freud trae a la luz del día

los rasgos distintivos de su humanidad: la alteridad de su origen y el asesinato cometido por los suyos. Tan *humano, demasiado humano*, como la repetición de ese «crimen» de los «tiempos primordiales», el inevitable acto de los hijos contra el modelo paterno. Y cuando en la misma carta a Zweig agrega que cualquier loco podrá derribar su estatua, le confiesa a su corresponsal que, a diferencia de la de Miguel Ángel, la suya es muy frágil y está a merced de la ignorancia y de un deslumbramiento de lo visible que aniquila el pensamiento en aquel que decide ilusionarse.

Lo que nadie ha visto en la actitud de Moisés, tanto el de la Biblia como el de Miguel Ángel, y lo que él, Freud, discierne una vez más «desde unos rasgos menospreciados o no advertidos, desde la escoria —“*refuse*”— de la observación», es la renuncia pulsional inscrita en la actitud del profeta. Es esta cualidad del «gran hombre» la que él reencuentra encarnada en Moisés y la que va a impulsar a otros hombres a llevar a cabo el mismo sacrificio de sus pulsiones: «Se puede decir que justamente el gran hombre es la autoridad por cuyo amor uno consume el logro, y puesto que él, a su vez, ejerce una acción eficiente merced a su semejanza con el padre, no cabe asombrarse de que en la psicología de las masas le corresponda el papel del superyó. Y esto también valdría, por tanto, para Moisés en su relación con el pueblo judío».

Pero, ¿de dónde proviene, entonces, el movimiento del pensar que lleva a Freud a hacer del profeta del Dios único, y del «más grande» de los «hijos» de su pueblo, nada más que un hombre, e incluso algo peor: un hombre completamente extraño al pueblo al que Freud mismo pertenece? Este volverá a tomar el escalpelo para proceder, en su propia carne, a efectuar una disección de lo que denomina «verdad *histórico-vivencial*»: «También nosotros creemos que la solución de los creyentes contiene la verdad, pero no la verdad *material*, sino la verdad *histórico-vivencial*». En consecuencia, la verdad se presenta en dos dimensiones, y la tarea del psicoanalista es descifrar la verdad material contenida en la verdad histórico-



vivencial pero deformada por ella. De hecho, para Freud, la verdad material que está en juego es el asesinato del padre y su posterior represión, antes de su retorno bajo una forma desfigurada: la manera de ficcionalizar la verdad, de *hacer de ella toda una historia*, que se arroga cada creencia religiosa. «Y nos atribuimos», prosigue Freud, «el derecho de corregir cierta desfiguración que esta verdad ha experimentado con su retorno».

Así, es posible interpretar los enunciados bíblicos para acercarse a la verdad material que encubren: Moisés no es un hombre judío, sino un dignatario egipcio, discípulo del faraón Akenatón, el «primer individuo en la historia humana» que creyó en un Dios Uno. Frente a la derrota política del reino de ese faraón, conjugada con el derrumbe de su revolución religiosa, Moisés va a ponerse a la cabeza del pueblo de los hebreos, esos inmigrantes afincados en Egipto, con el objeto de pasarles la antorcha de la joven religión monoteísta proscrita por la restauración del politeísmo. El éxodo de los hebreos y los sufrimientos que experimentarán en el desierto del Sinaí van a originar revueltas contra Moisés, jefe inabordable, que culminarán con su asesinato. El origen egipcio de Moisés y la muerte que le provocan los suyos son los acontecimientos verosímiles ulteriormente deformados por el relato bíblico y puestos de conformidad con la verdad histórica del judaísmo. Se eclipsará, asimismo, el papel de un segundo personaje, también llamado Moisés y sacerdote de la religión de Yahvé —«con seguridad, un dios volcánico»—, en Qadesh, donde se detendrán los hebreos al término de su vagabundeo por el desierto. En el espacio de «dos generaciones, y hasta quizás un siglo», se llegará a una «solución de compromiso» religiosa entre los sobrevivientes del grupo procedente de Egipto, sobre todo los levitas portadores de nombres egipcios, y las tribus de los madianitas árabes, los fieles de Yahvé. De las dos figuras de Moisés, de sus dos dioses y de la reunión de sus dos religiones, «reprimida la primera por la segunda, si bien luego sale triunfante a la luz por detrás de esta», surgirán la espe-

cificidad del monoteísmo y «la idea de una deidad única, abarcadora del universo entero, que a todos ama y es omnipotente; enemiga de todo ceremonial y todo ensalmo, ella fija a los hombres como meta suprema una vida en verdad y en justicia».

La verdad material se trasluce como resultado de una *construcción* por el análisis, efectuada teniendo en cuenta los blancos y las lagunas del texto, a semejanza de lo que sucede con un paciente en su cura, cuando accede poco a poco a la verdad de su historia gracias a la atención puesta en las *Entstellungen*, las deformaciones y los desplazamientos de esa historia, reconstituida por él. También al modo de los sueños, como lo testimonia la condensación *histórica* que culmina en un solo hombre Moisés. En efecto: «con la desfiguración de un texto pasa algo parecido a lo que ocurre con un asesinato», y sobre la base de las huellas textuales de este último encontrará Freud el cuerpo del delito. Las consecuencias de semejante autopsia del cadáver mosaico son múltiples. Si Moisés no nació judío sino egipcio, la alteridad encerrada en el corazón de la religión monoteísta está atada a su origen, inscrita en el origen de su fundador, que no está ligado carnal sino espiritualmente a su pueblo de adopción. El origen de la religión monoteísta ya no se presenta como autorreferencial —el «libertador {y} legislador» del pueblo judío, el «fundador» de su religión, no es el hijo eminente de ese pueblo, sino un extranjero perturbador por definición—, sino como si estuviera agujereado en su centro, como si hubiera nacido de un vacío primordial que remite la doble alteridad, la de Moisés y, más allá, la del faraón Akenatón, a su fundamento. La identidad de un pueblo ya no se apoya en la repetición endogámica de lo mismo, sino en la fractura de lo otro en su origen: el que da nacimiento a ese pueblo no pertenece a él. Además, al Moisés como otro del pueblo judío corresponderá un Dios único de absoluta otredad.

A continuación, su asesinato constituye una innegable repetición de la muerte dada al padre tal como Freud la teorizó

con el «mito científico» expuesto en *Tótem y tabú* (1912), un acto destinado, a su vez, a la represión y su supresión ulterior con el triunfo del judaísmo que adora a un solo Dios y venera a un solo Moisés, el hijo histórico de sus obras. Empero, hay con ello una evolución que manifiesta ese progreso en la espiritualidad cuyo desafío captó en algunas frases Nathalie Zaltzman, en *De la guérison psychanalytique*: «El asesinato renovado en Moisés ya no es el del primer padre bárbaro, el padre por la sangre, el padre dueño de las madres y árbitro de la sexualidad de los hijos, y yo diría: el padre físicamente potente. Lo reprimido del asesinato de Moisés es el acta inaugural de nacimiento de una nueva referencia paterna, al margen de los lazos directos de la sangre y de los lazos del sexo. En eso es egipcio el Moisés freudiano, situado al margen del linaje por la sangre. Con él se inaugura una figura fundadora espiritual, retroactivamente anterior a la historia individual, si la hay».

Para terminar, después del odio trágico del padre de Edipo, después del salvajismo del jefe de la horda primordial, con Moisés se afirma la dimensión simbólica de la paternidad a través de la figura de ese profeta extranjero y su dios invisible; esa paternidad implica una renuncia pulsional que presuntamente ha de alejar para siempre la escena del asesinato, ya sea el del hijo por el padre, como en el caso de Abraham, o el del padre por el hijo, como en el de Moisés. En lo sucesivo, el padre es aquel que, al declararse tal, elige a su hijo, del mismo modo en que el Dios de Moisés procede a la elección del pueblo judío, privilegio que no dejará de excitar los celos de los otros pueblos y alimentar su hostilidad. Wladimir Granoff demostrará en *Filiations* que esa elección del padre por el hijo se articula psíquicamente con la «decisión» de este último con respecto al primero: «Te perdono», dice Granoff, «te hago mi padre, aunque en el fondo ya no tengas ningún título. Acepto la paternidad, pero por elección yo soy el sujeto ahora. Además, te perdono después de haberte matado. E incluso te perdono por haberte matado».

La elección, ese nuevo aspecto de la paternidad salida del crisol monoteísta, volverá a ponerse sobre el tapete con los dos retoños del judaísmo que son el cristianismo, y su buena nueva de la redención divina para todos los pueblos, y el islam, y su evocación de la herencia divina en la lengua de cada pueblo, en virtud de los destinos respectivos de Jesús y Mahoma. Esta victoria de la espiritualidad sobre la sensorialidad, gracias al trabajo de cultura, *Kulturarbeit*, va a inscribirse, con el paso de los siglos, en la vida psíquica individual. Sin embargo, ligada a avances religiosos, esa conquista antropológica será frágil, siempre sujeta a regresiones —el antisemitismo es la prueba constante de ello—, tanto más virulentas cuanto que son de orden *narcisista*, antes que pertenecientes al registro pulsional, como no dejarán de recordarlo los repugnantes dramas de la historia del siglo XX.

Con el primado de la paternidad, la religión monoteísta se impone como la manifestación cultural del progreso en la espiritualidad. El abandono de los ídolos del politeísmo que se ofrecían a los sentidos, sobre todo a la vista, asociado a «la compulsión a venerar a un Dios al que uno no puede ver», pero que habla por Sus profetas, son los motivos del «retroceso de la percepción sensorial frente a una representación que se diría abstracta, un triunfo de la espiritualidad sobre la sensualidad; en rigor: una renuncia de lo pulsional con sus consecuencias necesarias en lo psicológico». A raíz del desarrollo del lenguaje «en la oscuridad del tiempo primordial» y de su corolario esencial —«una tan extraordinaria promoción de las actividades intelectuales» (como lo atestigua la omnipotencia de los pensamientos siempre activa en la realidad psíquica)—, se alcanza un «progreso de la cultura» con «esta vuelta de la madre al padre (. . .), pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y sobre una premisa». Ahora, el ojo se somete a la palabra, y la *declaración de amor* del padre por el hijo, o sea, el reconocimiento de su paternidad, aporta la prueba de su filiación. Una

vez dado ese paso, «el nuevo reino de la espiritualidad» se abre al ser humano y va a permitirle reconocerse un *alma*; en otras palabras, una dimensión de sí mismo que no se agota con la declinación de su cuerpo y su muerte. El nacimiento del hombre monoteísta se acompaña de una exigencia de eternidad para su alma que no deja de casarlo con su Dios y arrancarlo a la nada.

Con la afirmación de la alteridad del hombre Moisés, que en la investigación realizada por Freud no sólo se revela de origen extranjero, sino que se desdobra por la presencia bajo su nombre de otro Moisés, árabe este —en una fusión de los dos hombres que tiene su concomitancia en la fusión de las religiones egipcia y semita en una sola—, se perfila una última etapa en el camino de la hominización. Al separar la religión monoteísta, por su descomposición, de la ilusión venenosa de una pureza originaria, Freud prohíbe fundir la identidad en una creencia nacionalista o religiosa —a menudo, nacionalista y religiosa—, confusión que es una aspiración de las masas por los desenfrenos pulsionales que autoriza. Freud sabe muy bien cuáles son las amenazas que pesan entonces sobre la alteridad, porque acaba de escapar al antisemitismo de los nazis, y porque ese libro tan inesperado de él sobre Moisés es también una refutación de las pretensiones del Tercer Reich de repetir la fundación de un nuevo monoteísmo de la tierra y la sangre. Nadie puede ocupar, como no sea por usurpación, el lugar vacío —el de Moisés el extranjero— que está en el origen de la religión monoteísta. La superioridad aria proclamada por Hitler es una caricatura sangrienta de la elección del pueblo judío por su Dios. Al exhibir la cara bestial de la identidad y confiscar esta última en beneficio de una pureza racial imaginaria, el nazi excluye la alteridad de la humanidad y se embarca en la destrucción sistemática de todos los que son diferentes de él. Reivindica una humanidad sin extranjeros, cuyo exterminio ha llegado a ser el motor de su economía psíquica. Con las mismas premisas de exclusión, que apuntan a *romper la especie humana* por medio de una selec-

ción entre los puros y los impuros, todas las empresas totalitarias del siglo XX, saturadas de religiosidad pero con pretensiones de ateísmo, van a intentar aniquilar la dignidad del hombre, al negarse a reconocer en ella el fruto de la alteridad y la paternidad, esos resultados psíquicos del trabajo de cultura conseguidos por obra del recuerdo siempre intempestivo del asesinato, y de su consecuencia: el padre. ¿Qué debemos esperar del siglo naciente, cuando el progreso sigue respetando «el pacto {sellado} con la barbarie», y la intolerancia y el fanatismo religioso se conjugan con los intereses nacionales?

Si las religiones no han ofrecido una salida definitiva a la culpa nacida del olvido del asesinato —con lo cual obligan a repetirlo, en vez de afrontar su recuerdo—, en la concepción científica del mundo, el psicoanálisis, a pesar de Freud, no parece tener más poder que ellas o la filosofía para construir el sujeto soñado por la razón, en nombre de un principio de realidad cuya viabilidad sería capaz de definir mejor que nadie ese mismo psicoanálisis. ¿Ha llegado la hora sombría de un sombrío viaje, cuando ninguna instancia simbólica está calificada para convertirse en depositaria del orden humano, ni es apta para reconocer la dignidad de cada quien en función de un ideal del yo colectivo?

Resta dar continuidad al trabajo de aquel que, en el ocaso de su vida, confesaba: «desconfío de mis fuerzas para llevarlo a cabo». Empero, hoy como ayer, ese trabajo, no nos equivoquemos, apunta al psicoanálisis, «último avatar del monoteísmo», según consideraba Granoff, o mitología del siglo pasado, como pretenden sus detractores. El examen que Freud nos insta a proseguir, al escribir este libro-testamento, se relaciona con la renegación de la creencia religiosa que se plasma en el pensamiento psicoanalítico. ¿Cómo lograrán —o no— los psicoanalistas, demasiado a menudo convencidos de que basta con declararse no creyente para serlo, escapar a la religiosidad del psiquismo y a las ilusiones con que ella impregna sus representaciones? El propio Lacan se estrelló contra este obstáculo inherente al nacimiento del psicoanálisis, y aunque

bruñó armas para deshacerse de él, habría de dar lugar a la profusión de discípulos que invocan su nombre. Por ello, estudiar una vez más este libro tan riesgoso para Freud, cuyo nombre se confunde con el psicoanálisis; apreciar en su justa medida la subversión que él pone en escena a través de la ruptura del sentido establecido, y recuperar el gesto blasfemo y sacrílego del que así da testimonio. Releer la primera frase: «Quitarle a un pueblo el hombre a quien honra como al más grande de sus hijos. . .», hacerla resonar para ese pueblo de analistas a quienes él se dirige, escuchar su remate: una «ganancia para nuestra intelección». Nada más pero también nada menos, si la navegación humana —la única *necesaria*, como es sabido— quiere mantener el uso del psicoanálisis como sextante.